

hilo_s documentales
revista del Archivo Histórico de la UNLP

Conferencia de Lila Caimari: "El historiador y el archivo, el archivo y la historia: reflexiones sobre el uso del archivo para la escritura de la historia".
La Plata: 12 de septiembre de 2018, Sala de Lectura de la Biblioteca Pública de la UNLP.
Lila Caimari
Hilos Documentales / Año 1, N° 1, e002, DICIEMBRE 2018 | ISSN en trámite
url: <https://revistas.unlp.edu.ar/HilosDocumentales>
ARCHIVO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Conferencia:
El historiador y el archivo, el archivo y la historia:
reflexiones sobre el uso del archivo para la escritura de la
historia

Conference:
The historian and the archive, the archive and the history:
reflections on the use of the archive for the writing of
history

Dra. Lila Caimari*
Universidad de San Andrés
Asociación Argentina de Investigadores en Historia
lcaimari@udesa.edu.ar

Fecha de envío: 11/10/18 - Fecha de aceptación: 22/11/18 - Publicación: diciembre 2018



[Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

* Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de París e Investigadora Independiente del CONICET. Se especializa en historia social y cultural de la Argentina moderna. Sus trabajos sobre la cuestión criminal han sido publicados en varios libros, incluido *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955* (Siglo XXI, 2004). Su último libro, *La vida en el archivo* (Siglo XXI, 2017), reúne ensayos sobre la práctica cotidiana de la investigación histórica.

Agradezco la invitación del Archivo Histórico, la moderación de esta conferencia por la Prof. Mg. Laura Lenci, Directora del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad y la presencia de todos/as. Es un placer y un honor estar aquí, en esta sala, adonde pasé tantas tardes de estudio hace muchos años, cuando era estudiante de esta universidad.

Me invitaron a hablar sobre archivos, y la razón de esta invitación es - imagino - este librito que publiqué el año pasado, modesto y relativamente personal: una reflexión sobre el *métier*, sobre el oficio de la historia. Tiene la palabra archivo en su título y eso me ha traído malentendidos ya que no soy archivista ni especialista en archivos, sino frecuentadora de archivos: usuaria, ni más ni menos que otros historiadores. Si en algo me diferencio, quizás, de tantos colegas que hacen lo mismo, es en que me interesa la situación y el destino de los archivos argentinos; en estos últimos años me he ido interesado como historiadora en ese problema (aunque no tenga la *expertise* para diagnosticar sistemáticamente problemas y soluciones). Sí me interesa lo que ocurra con los archivos y creo que, cada vez más, es parte de nuestra responsabilidad de historiadores participar de alguna manera en esas conversaciones. Por otro lado, me interesa reflexionar sobre la práctica de la profesión en su manifestación más solitaria y obsesiva, la de la investigación (doy talleres de tesis hace muchos años, he seguido de cerca muchos procesos de germinación y maduración, una práctica que me gusta comparar con un invernadero). Y también - quizás esto es más singular - me interesa buscar formas de escribir esta experiencia, modos de comunicarla, más allá de los manuales de metodología que

todos usamos para dar estos talleres. Me interesan, en general, las escrituras de trastienda como género, sobre el quehacer de la historia, y sobre otros también. Es un género relativamente profuso en otras disciplinas, por ejemplo, en el cine o en la literatura e incluso en otras ciencias sociales, pero no en la nuestra. Hay relativamente poco de esto entre los historiadores.

Hago estas aclaraciones porque el libro en realidad no es sobre archivos sino sobre el quehacer de la historia, y porque en general no soy partidaria de hacer presentaciones de los libros que publico. Pero esta invitación vino de mi alma mater, de la universidad en la que me formé y donde inicié mi camino, acá mismo, literalmente y no podía negarme. Este es un libro que en realidad no escribí en sentido estricto, como sí escribí otros, porque se fue haciendo sin que me diera cuenta del todo. A lo largo de los años fui produciendo textos heterogéneos al margen de mi trabajo formal de investigación, textos que respondían a encargos o consignas de muy diverso tipo, incluyendo encargos por fuera del mundo académico (largos, cortos; en tonos y registros muy distinto entre sí). Un día, mi editora, Katy Galdeano, me invitó a reunirlos, a hacer una selección de ese corpus, para ver qué pasaba si ponía uno junto a otro algunos de esos textos (varios quedaron afuera), textos muy disímiles en concepción. Queríamos ver cómo jugaban las disonancias de registro (había ensayos, crónicas, viñetas, incluso algún texto en primera persona –todo un dilema, del que también podemos hablar-). Fui reuniendo los que tenían más en común, porque lo cierto es que identifiqué un territorio muy claro que, inicialmente, podríamos describir como preguntas por la práctica del oficio. Estas escrituras podían pensarse como variaciones sobre

el oficio de la historia: ése era mi título, de hecho, que fue bochado por mi editor. El tema común era la dimensión cotidiana de la práctica de la investigación, en este sentido yo lo veo más cerca de esos libros, que en nuestra cultura son tan pocos frecuentes, que en el mundo anglosajón llaman *companion*, el libro que acompaña una práctica o un gusto por un autor o por un género, pero no en el sentido prescriptivo, no un libro que indica lo que haya que hacer, sino en el de transmisión menos formalizada de una experiencia.

Entonces, esta dimensión cotidiana, una dimensión muy mezclada, me interesaba en particular porque creo que es así como transcurre gran parte de la investigación: en tramos muy largos, muy entrelazados con la experiencia, con algunos momentos de salto estelar, y muchos más de construcción cotidiana, lenta e inconsciente. Había una práctica entonces sobre la que me interesaba reflexionar y escribir, que es casi lo mismo para mí (en todo caso cómo escribirla, es una pregunta que recorre todo el libro).

Algunos de estos textos fueron respuesta a consignas incluso en talleres de escritura que no tenían nada que ver con la historia, talleres a los que yo llegaba huyendo de la historia, y al cabo de un tiempo caía en la cuenta de que esto, mi oficio (como dice Natalia Ginzburg), era el tema sobre el que más me interesaba escribir. Uno escribe mejor sobre lo que mejor conoce y siente como más íntimo, sobre lo que uno tiene impresiones acumuladas a lo largo de años. Diría entonces que no es un libro sobre los archivos sino sobre la investigación, más aún, diría que el tema principal es la capacidad transformadora de la investigación, el camino que va del punto de partida al de llegada, y de algunas estaciones que están en el medio. Y que

en ese camino me detengo en un lugar, en un escenario, una escala: el archivo. Esta no era una decisión tampoco, el archivo (en principio entendido en su sentido más literal: el lugar en donde están los documentos). Esto se fue delineando como escenario por reiteración medio irreflexiva. Archivo como lugar del trabajo de la historia. En algún momento decidí, por varias razones que ahora les cuento, que valía la pena poner en primer plano o al menos más en primer plano que el resto de las instancias de investigación (pero podría hacerse un ejercicio similar con otras instancias, que son muchas, y algunas otras que tienen mucho potencial, me parece. Sobre lo que hay mucho por escribir).

Diría entonces que no es un libro sobre el archivo sino sobre la investigación. Más aún: diría que el tema principal es la capacidad transformadora de la investigación, el camino que va del punto de partida al de llegada, y algunas estaciones que están en el medio. Y que, en ese camino, me detengo en un lugar, un escenario, una escala: el archivo.

¿Por qué el archivo? No porque el archivo físico sea el lugar necesario de la investigación (por supuesto, podría discutirse mucho, sin duda, en todo caso la definición y construcción de ese lugar depende mucho de cada investigación y de cada investigador y es difícil generalizar y normativizar eso). Esta no era una decisión tampoco, el archivo - en principio, entendido en su sentido más literal, como el lugar donde están los documentos - más bien se fue delineando como escenario, por reiteración medio irreflexiva: archivo como "lugar de trabajo de la historia". Y en algún momento decidí por varias razones que valía la pena ponerlo en primer plano, o al menos, más en primer plano que el resto de las instancias de investigación, que son

muchas (y otras también tienen potencial, y podría escribirse otros libros sobre ellas).

Sí me interesaba volver críticamente sobre la noción, muy arraigada en nuestra profesión (arraigada por vías distintas, incluso contrapuestas) de que el archivo no es un lugar de reflexión o de operaciones intelectuales muy creativas, un lugar donde nacen las ideas e hipótesis sobre el pasado. La noción de archivo que nos acompaña es más bien la de lugar de verificación o descarte de ideas que nacen en otra parte: que uno va al archivo para confirmarlas, para ilustrarlas, o para rechazarlas. Siempre, desde que empecé a incursionar en archivos, aún sin sistematizar esta impresión, me pareció intuitivamente que esta noción acopiadora y más bien rutinaria no describía la experiencia del archivo, el trabajo en el archivo, que era una concepción equivocada del "momento archivo" de la investigación. Porque, a medida que avanzaba y hacía de esto un oficio, veía que esa instancia condensa operaciones mucho más variadas, complejas y creativas que la de búsqueda y acumulación informativa. Paralelamente - y esto lo sabe cualquiera que se dedica a esto - también comprobé muy rápidamente que era la instancia de mayor condensación de la peripecia de la investigación, lo cual lo torna en una puerta de entrada atractiva para una narrativa del oficio, si uno quiere elegir algún lugar por donde entrar, porque ahí es donde hay mucho para contar y un punto de mira del oficio era también algo que estaba buscando, un lugar que proveyera tonos, escenas.

No es mi proyecto salir a jerarquizar esta instancia a expensas de otras, tampoco me interesa mucho la celebración nostálgica del archivo de papel. Yo discuto y hablo de esta cuestión en el

libro, eso de "qué bien que estábamos antes de la digitalización, cuando tocábamos los documentos", ese tipo de sentido común. Habría mucho que decir sobre ese reflejo un poco visceral, que habla de nuestra relación tan intensa y sensible con el papel, me parece que hay allí una cantidad de premisas que son interesantes para pensar, pero no me interesaba escribir un libro que fuera un lamento enamorado de la pérdida de una relación táctil con la fuente. Sí me interesaba repensar un poco estas categorías que, a la vez que describen nuestro trabajo, establecen jerarquías que aceptamos un poco irreflexivamente: ésta es la fase importante, ésta es la menos importante, ésta es la fase intelectualmente prestigiosa, y ésta es la fase brazal. Eso era lo que me interesaba revisar.

También me interesaba poner en escena un rasgo que todos conocemos, pero que no terminamos de decir, creo, a saber: que los pasos de los que habitualmente hablamos cuando prescribimos el proceso de investigación histórica no son sucesivos sino simultáneos y entrelazados, entrecruzados y contradictorios. Que al igual que cualquier proceso creativo - y subrayo el adjetivo - las ideas que van surgiendo se cruzan y chocan entre sí, y esto en cualquier parte, muy por fuera de los escenarios asociados a esto; que los disparadores no están reunidos en ningún lugar en particular, tampoco necesariamente en el archivo; ni ocurren en un momento previsto. Es esta misma incertidumbre, abierta permanentemente, lo que produce tanta ansiedad en la investigación. Ese proceso es largo y frustrante, está tramado de microprocesos. Estos textos que reuní se detienen en algunos de esos microprocesos.

Luego empezó a insinuarse otra razón por la que terminé interesándome en abordar estas cuestiones vinculadas al archivo, y es que, a medida que se acumulaban estos ensayos, la noción misma de archivo de la historia estaba experimentando cambios radicales. En algún momento me pareció inevitable incorporar estos cambios en la reflexión, algo que se está haciendo en todo el mundo, como es bien sabido, y que seguirá haciéndose. En ese sentido, el libro estaba perimido a los cinco minutos de aparecer, en la medida en que se coloca al pie de una ola de reflexión que va en muchas direcciones, algunas bien interesantes, y que va a continuar. La bibliografía sobre las posibilidades que se está abriendo con la digitalización en el quehacer histórico tiene muchas ramificaciones, mucha prescriptiva archivística, por supuesto, pero está toda la zona de diseño de investigación ligada a las humanidades digitales, que es extraordinaria - revolucionaria, en verdad. Todo esto está aumentando exponencialmente. Ahora, en medio de esta explosión, cuyos efectos seguimos descubriendo, están los efectos más profundos en el quehacer de la historia, aunque también están surgiendo reflexiones interesantes, me parecía que teníamos menos sobre eso.

Acá hay apocalípticos e integrados, como siempre ocurre con estos giros tecnológicos, y no quiero ponerme en el lugar más conservador de resistencia al cambio (un cambio que trae tantas cosas buenas para el quehacer de la historia). ¿Por qué me interesa abordar esto en el contexto de mis preocupaciones? Porque a veces tengo la impresión de que nos subimos al último alarido interpretativo, concebido en países a donde el contexto archivístico es por completo distinto al nuestro, en marcos de producción que

son radicalmente opuestos y los damos por buenos (o por pertinentes). Me parecía importante no solamente seguir estos debates, sino también que ese "estar à la page" vaya acompañado de una reflexión sobre las maneras en que ese cambio está modificando *nuestra* práctica: acá, con las bibliotecas y archivos en el estado en que los tenemos. Con este punto de partida, tan distinto a la mayor parte de los ensayos que están circulando, producidos en los países más ricos del mundo, concebidos en contextos alejadísimos de la realidad en la que transcurre nuestra investigación.

Me parece importante que nosotros empecemos a escribir esos libros también. Y de paso, reflexionar como historiadores sobre las marcas que dejan las condiciones de producción sobre nuestro trabajo. Siempre me ha sorprendido que los historiadores que insistimos tanto en la importancia de entender los contextos de producción para estudiar las producciones intelectuales del pasado, que pasamos meses o años reconstruyendo esos contextos materiales (si Fulano había tenido acceso o no a tal o cual libro y por qué medios, si era traducción o versión original, etc.), tenemos a la vez relativamente poca reflexión sobre la incidencia de esos contextos en nuestra propia producción.

Porque como todos sabemos - y esto es lo que me interesa - la revolución digital se ha sobreimpreso sobre una infraestructura previa que es muy precaria (por decirlo con suavidad), y ese abismo entre el punto de partida de la infraestructura material de los archivos y bibliotecas y el mundo que se ha abierto con los documentos digitales determina los caminos de ese pasaje entre archivos y las construcciones posibles. Yo en el libro cito a Roy Rosenzweig que, en un

libro que ya tiene unos cuantos años (*Clio Wired. The Future of the Past in the Digital Age*, Columbia U. Press, 2011) dice: "los historiadores hemos pasado de un régimen de escasez a uno de súper abundancia". Y hemos pasado sin demasiada reflexión sobre la impronta de esos nuevos canales en nuestro trabajo, impronta que veo en mis estudiantes permanentemente, en los diseños de investigación, en la selección de temas, en la definición de lo que es un aparato erudito aceptable, en los modos de construir ese aparato, etc.

Además de ver esto en los talleres de tesis, en esta parte de la reflexión incide también mi actual proyecto de trabajo que es sobre tecnologías y circulación de noticias en la era de la expansión informativa a fines del siglo XIX, que es la era de los cables submarinos, cuando las lógicas de circulación informativa cambian radicalmente, incluso se revierten en algunos casos, y el "flujo informativo" se modifica. Me he vuelto más sensible al peso de estos factores en la producción y circulación de conocimientos, tanto en el plano de lo que llamaríamos la "economía política" de la tecnología de la información como en el peso de las mediaciones: el arrastre de las elecciones previas, etc. Me detengo un poco, en el libro, en los efectos de circulación, los efectos de selección. Esto siempre estuvo, por supuesto. La gran cuestión del acceso, que marca lo que entra y lo que no entra en el archivo del historiador, siempre estuvo. Ahí doy algunos ejemplos de lo que está ocurriendo con algunas fuentes que han sido digitalizadas, con los dispositivos de búsqueda por palabra - una de las mediaciones que está cambiando más radicalmente el modo de circulación y acceso a los documentos; y me detengo también en el cambio en la escala de los aparatos eruditos, que han

crecido tanto y plantean ahora la cuestión, ya no tanto del acceso sino del manejo del investigador abrumado, con dificultades para controlar el archivo que consigue con tanta facilidad. Y que plantea nuevos desafíos, como las decisiones de montaje de estos múltiples archivos que son anexados. En fin, una expansión que plantea nuevos dilemas de construcción, que son interesantes en muchos planos. Sin duda, este cambio ha permitido que la distancia entre los modos de hacer historia en otros países y los modos de hacer historia de hacer aquí se hayan acortado, pero la distancia sigue muy ahí y creo que no debemos engañarnos al respecto, por más millones de fotos digitales que tengamos en nuestras computadoras.

De todos modos, no creo que haya una relación directa entre esta disponibilidad y la calidad de los trabajos. Porque ahora que el archivo se ha expandido y tantas cosas están al alcance de la mano, comprobamos lo que supimos siempre, que es que el archivo es indispensable, pero que no hay relación directa entre esta disponibilidad y la calidad del resultado.

No quiero ir por ese lado, pero anticipo que mi visión no es del todo optimista en relación al desarrollo de la disciplina en este plano. Menciono solamente un par de cuestiones que he tocado en otros textos, escritos después de la publicación del libro. Como varios de los que estamos acá, pertenezco a la generación que fue formada en el momento de arranque del gran ciclo de la profesionalización de la historia, formada en esta misma universidad por quienes creían, como fundamentalistas casi -en aquel momento, había mucho que se jugaba en esa creencia- en la introducción de estándares de investigación y producción que separaran tajantemente a la historia

profesional de otras maneras *amateurs* de escribir historia: que creían en establecer jerarquías en la tarea fundamental de consolidar la disciplina en el marco de reglas propias de producción y validación, etc. Treinta años más tarde, creo que podemos permitirnos una nueva reflexión sobre este modelo y, sin dudas, comenzaría por decir que la metamorfosis que ha hecho del modelo de historiador profesional un historiador "industrial" no me parece la dirección más interesante ni más productiva. Dentro del marco de evolución que ha sido entusiastamente por múltiples razones -de consolidación de la disciplina, de expansión, de multiplicación de centros de formación, etc.-, tengo dudas sobre la dirección general que ha adquirido esta consagración del historiador profesional. (Se han dicho algunas cosas interesantes se han dicho ya últimamente -me refiero, por ejemplo, a un artículo de Sergio Serulnikov sobre la devaluación de la tesis ("En defensa de la tesis doctoral", *Investigaciones y Ensayos*, 2016) ahogada en un océano de micropublicaciones en el que estamos sumidos. No quiero transformar esto en una discusión sobre cuestiones de criterios de la profesión, etc. De todo este asunto, tomo una cuestión para volver al tema - una cuestión aparentemente no relacionada, pero que me devuelve al libro y al archivo, que es la cuestión de la escritura.

En alguna medida, la decisión de publicar estos textos responde a un ejercicio de ese tipo, de escritura, de comunicación, un poco a contrapelo de lo que se ha establecido en los últimos años como las escrituras únicas, o casi. La escritura es, primero, un ejercicio de toma de distancia con respecto al objeto, en este caso, la práctica de la historia, en sus fases más íntimas y solitarias. Es lo que permite desnaturalizarlo, exotizarlo, producir el

extrañamiento necesario para describir un quehacer; quería describirlo con cierta familiaridad y, a la vez, como si fuera la primera vez que me encontraba con eso. Por eso no me interesaba tomar instancias más fácilmente parodiadas de la profesión - por ejemplo, el congreso académico, que ha sido muy parodiado, y es un tiro un poco fácil. Me interesan las instancias más íntimas, que se prestan a cierta creatividad y que, a la vez, están sub-escritas - sobre-comentadas oralmente, pero sub-escritas.

Y acá vuelvo al archivo: ¿cómo escribir la experiencia del archivo? Creo que hay mucho por descubrir en este plano, porque es una instancia de gran intensidad que es disimulada, poco menos que reprimida en las representaciones formales de la investigación: es como nuestro yo reprimido por el mandato del desprecio del archivo, descrito desde que nos formamos como una instancia amorfa, con poca jerarquía, algo que hay que hacerse perdonar.

¿Pero cómo escribirlo? Si hablamos del archivo físico, podemos decir por lo menos que es un escenario evocativo, de gran potencia, que se presta a representaciones más variadas que las que ha recibido (incluso representaciones literarias, plásticas, cinematográficas). Hay una belleza del archivo, una cualidad evocativa, una capacidad de refugio del mundo exterior, etc. No es esta cualidad escenográfica la que me interesaba llevar a la escritura, sino más bien los elementos que en el caos del proceso de la investigación lo constituyen en una instancia potente de creatividad. Es la indeterminación del archivo, un rasgo que figura en cualquier caracterización archivística, es decir su cualidad inerte, que necesita de la intervención para armar una figura. Lo que dice De Certeau,

que yo cito mucho en el libro, pero que han dicho otros también: el acto de tomar lo que está en un sitio y ponerlo en otro, de armar otra serie - dirían de los críticos de arte, de quienes podríamos aprender más para pensar el archivo. Esta cualidad potencial necesita de esa intervención para formar series que podríamos llamar narrativas históricas, o judiciales, o las que sean. Y que ofrecen las posibilidades de crear líneas tan distintas como los usuarios que las construyen. Líneas hechas de unidades conectadas por afinidad, por contraste o por articulación más o menos indirecta. Por supuesto, la lógica que las conecta no es espontánea: no hay un espontaneísmo de la investigación, porque la lógica proviene de la teoría, de las hipótesis, de los argumentos que uno trae en el momento de hacer, que le da una forma primera, una dirección inicial a la búsqueda. Pero la composición de esa producción está hecha de articulaciones que siempre son singulares, singularísimas.

La proliferación de archivos digitales ha multiplicado extraordinariamente esta posibilidad, permitiendo establecer conexiones más raras, conexiones entre archivos incluso muy distantes entre sí. En la imaginación puesta a jugar en este plano se está jugando algo muy importante para la historia. Hay un libro ejemplar, *Freedom Papers* (de Rebecca Scott y Jean Hébrard, Harvard U. Press, 2012), que se posa sobre más de una década de trabajos de historia atlántica, y que sigue a una familia de esclavos y sus descendientes, conectando archivos en África con archivos en Haití, con archivos en Estados Unidos, con archivos en Europa; y sigue varias generaciones de una familia que lucha por su libertad. Hay ejemplos extraordinarios de las acrobacias, de los virtuosismos metodológicos que son posibles hoy.

Aunque en el fondo la operación fundamental es la misma de siempre: el establecimiento de conexiones entre grupos de partículas seleccionadas de un universo casi infinito, como es el del archivo. Es la posibilidad permanente de esa operación de selección, y establecimiento de un tipo de relación entre las partes, lo que hace que el archivo, donde quiera que esté -en este edificio o en la computadora de alguien-, tenga ese potencial creativo que invita a volver una y otra vez, esa búsqueda permanente que hace que a muchos nos resulte tan difícil delegar el trabajo de archivo.

No se trata de la búsqueda de una pieza rara, o un documento clave: esto puede estar, por supuesto (aunque estoy convencida de que la frustración de esa búsqueda puede ser productiva: a veces es mejor no encontrar lo que buscamos). Pero la operación que cuenta es el armado de un tipo de relación entre las piezas, un tipo de relación que puede ser directa y obvia o puede no serlo en absoluto, porque puede jugar con los efectos mutuos que producen. No se me ocurren muchas operaciones más personales, más creativas -un adjetivo que se utiliza poco para hablar del trabajo en el archivo-, y más cargadas de posibilidades. El archivo es nada, y a la vez es todo, en potencia.

Es por este motivo, entre otros, que decidí poner estas operaciones en el centro de un ejercicio que también pensé como un ejercicio de escritura, como les decía, que nos devuelve al tema de la profesionalización y a la discusión sobre los límites de los géneros científicos, lo que los historiadores podemos y no podemos hacer, a treinta años de la separación entre historia profesional e historia de divulgación. La cuestión se ha explorado más, curiosamente, en las

ciencias duras -por ejemplo, en las colecciones como "Ciencia que ladra", de Siglo XXI - que en las nuestras, aparentemente más afines al lenguaje común: no hay una "Historia que ladra", porque aparentemente no la necesitaríamos. Y sin embargo, mi impresión es que la escritura de la historia es muy resistente al cambio, terriblemente conservadora y poco imaginativa en el plano expresivo. Innecesariamente: éste sería mi punto. Lo que me interesa no es tanto discutir el tema de la divulgación, un tema que está muy avanzado, por suerte -no estamos hoy, de ninguna manera, en el mismo lugar en donde estábamos hace treinta años, ni con las mismas ingenuidades y esto ha cambiado mucho-. Ya no somos penalizados si escribimos libros de divulgación. Pero, de todos modos, hay mucho camino por recorrer, y tenemos mucho por aprender los historiadores en este plano. Porque el problema no es el aparato erudito, como se dice a menudo, ingenuamente, sino la capacidad expresiva de la historia, sus intedictos, sobre los que hay que volver. Lo mío no es tanto, como parecería, una guerra romántica contra el *paper* o contra el *journal* académico, no es eso lo que me interesa: estos son géneros que cumplen una función y, si están bien ejecutados, pueden cumplirla muy bien. No he visto *journals* que critiquen la buena escritura, aunque en algunos países donde el *journal* reina es cierto que muchas posibilidades se ven ahogadas. Pero insisto en que no es ése sea el problema principal. Mi cruzada es más bien contra la escritura mecánica, nacida de la producción en serie; contra el desprecio de la escritura como herramienta de la historia, una de las víctimas imprevistas de la profesionalización, que vinculo a la presión desmesurada por publicar, y al escaso valor que se le atribuye a esto en

las evaluaciones y a la construcción narrativa como destreza del historiador. Lo mío va contra la escritura timorata, temerosa del régimen punitivista de las evaluaciones. (Cito a Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea*, FCE, 2016): "La escritura de la historia-ciencia, gris como la pared". La escritura que busca confundirse con la pared. Este es un libro contra el divorcio entre imaginación narrativa e historia profesional; contra la concepción de la escritura como envoltorio de otra cosa. La escritura separada de lo demás: como si en ese lugar no se posicionaran ideas y posicionamientos. El tono, el léxico de un trabajo dice tanto como su contenido objetivo. No hablo de que los historiadores tengamos que salir a hacer grandes acrobacias, pero sí prestar más atención a ese elemento cuando hacemos historia - en *cualquier* tipo de historia, incluida la historia menos "escrita" (la historia económica, la demográfica).

Me interesa este tema porque creo que es en la escritura donde se juega, entre otras cosas, la representación del archivo, si lo entendemos en el sentido que mencionaba, el de esos vínculos establecidos entre elementos. Porque es en ese sentido que el archivo puede ser pensado como una suerte de centro de irradiación, donde se pone en juego todo lo demás. En eso nos diferenciamos los historiadores de otras disciplinas: en que tenemos el archivo. Más que cultivar una relación vergonzante con eso, me gusta ponerlo en el centro, dar vuelta la idea más establecida, volver a pensarlo y ensayar maneras de escribirlo.